

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR. NUNCIO
APOSTOLICO DR. ANTONIO INNOCENTI EN LA
CONCELEBRACION DEL DIA 18-XII-1969,
APERTURA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
PARAGUAYA**

1. Es para mí un alto honor a la par que un gran gozo presidir esta reunión de hermanos, donde tan admirable y significativamente se vive y testimonia la unidad en la caridad en torno al Señor aquí presente.

En esta hora solemne y difícil que vivimos, muchos y grandes son los problemas que se nos plantean, exigiendo imperiosamente de nosotros una respuesta clara y firme. Es necesario afrontarlos con valentía, con sinceridad, poniendo de nuestra parte la mejor buena voluntad y confiando siempre en la ayuda del Señor que generosa y ampliamente derramará sobre todos.

Más que nunca se trata de una obra de Iglesia. Es algo que corresponde a todo el pueblo de Dios y muy particularmente a nosotros, sus pastores "puestos por el Espíritu Santo para regir su pueblo".

2. Es el momento de ejercer la colegialidad en toda su plenitud. Colegialidad que es caridad, corresponsabilidad, comunión eclesial, solidaridad, hermandad, como lo decía el Santo Padre en la inauguración del reciente Sínodo Episcopal.

Es imprescindible esclarecer los hechos y tomar decisiones. Todo ello únicamente se podrá lograr a través de un fraternal, sincero, valiente y objetivo diálogo. Es preciso comprometerse en una acción eficaz de colaboración entre nosotros y con la Santa Sede, a través de una información directa y completa de cuantos documentos, decisiones y actos se hagan, con el fin de que la luz y orientación del Santo Padre puedan ayudarnos.

Se trata de tomar decisiones, no de imponerlas. De esta forma serán más firmes y eficaces por ser el resultado de un común acuerdo.

3. Se nos exige en estos momentos dar un testimonio auténtico y claro de unidad de pensamiento y de acción. Lo exige nuestro pueblo tan desconcertado, hoy más que nunca, por falta de orientaciones precisas y de conductas pastorales definidas. No podemos pedirle lo que no ve en nosotros.

Lo necesitan nuestros interlocutores: autoridades civiles, dirigentes laicos, organizaciones comprometidas, etc. Debemos manifestar la verdad con toda claridad. Sólo así, viendo nuestras actitudes, humildes y evangélicas, pero firmes y decididas, sabrán definir en consecuencia su línea de acción, y jamás podrán aprovechar confusiones y malentendidos, provenientes de nuestras dudosas y ambiguas conductas, para sembrar el desconcierto y la división en el Pueblo de Dios.

Así como para que "el Episcopado fuese uno solo e indiviso, dice la *Lumen Gentium*, puso al frente de los demás Apóstoles al bienaventurado Pedro e instituyó en la persona del mismo el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de fe y de comunión" (n. 18) de modo semejante podemos decir, que, mutatis mutandis, los obispos en su diócesis y en su nación son ese fundamento inmediato de unidad de fe y comunión de sus sacerdotes, que con ellos forman su presbiterio, y de su pueblo.

4. Debe llenarnos de satisfacción y optimismo, la unidad demostrada por nuestro clero, en estos acontecimientos

pasados, con sus Obispos y entre sí. Dijo el Papa en la inauguración de la Asamblea del Episcopado Latinoamericano en Medellín: "Los sacerdotes son nuestros primeros e indispensables colaboradores, son los más directos y más empeñados "dispensadores de los misterios de Dios", es decir, de la palabra, de la gracia, de la caridad pastoral; son los modelos vivientes de la imitación de Cristo; son, con nosotros, los primeros participantes del sacrificio del Señor; son nuestros hermanos, nuestros amigos; debemos amarlos mucho, cada vez más. Si un Obispo concentrase sus cuidados más asiduos, más inteligentes, más pacientes, más cordiales, en formar, en asistir, en escuchar, en guiar, en instruir, en amonestar, en confortar a su clero, habría empleado bien su tiempo, su corazón y su actividad".

5. "Trátase de dar a los Consejos presbiteriales y pastorales la consistencia y funcionalidad queridas por el Concilio; se prevenga prudentemente, con paternal comprensión y caridad, en cuanto sea posible, toda actitud irregular e indisciplinada del clero...". Y en el Documento correspondiente sobre los sacerdotes: "Los presbíteros, tanto diocesanos como religiosos, son incorporados a este conjunto orgánico para ser cooperadores del Orden episcopal. De ahí se deduce, como consecuencia inevitable, la íntima unión de amistad, de amor, de preocupaciones, intereses y trabajos, entre obispos y presbíteros, de manera que no se pueda concebir un obispo desligado o ajeno a sus presbíteros, ni un presbítero alejado del ministerio de su obispo".

En este proceso de comunión jerárquica, hay que cuidar no incurrir en una especie de presbiterianismo. El responsable último debe ser siempre el Obispo. A él le corresponde por derecho divino, después de un diálogo fraterno y sincero, pensar y dar la última palabra. El Obispo, Padre y Pastor, Maestro auténtico, Jefe y responsable de su Iglesia local, debe ser el primero, el que va delante, marcando las pautas doctrinales y pastorales con claridad, con seguridad, con visión de futuro.

6. Las soluciones propuestas pueden y tal vez deben hacerlas suyas. El por encontrarse investido del Carisma de la Autoridad y por la asistencia del Espíritu Santo, deberá considerar detenidamente los problemas y medir las determinaciones a tomar, pensando todas las consecuencias, no sea que por intentar solucionar momentáneamente ciertos problemas, esté provocando otros más grandes en un futuro no lejano; lo que sus sacerdotes podrían reprocharle más tarde con razón, por no poseer ellos todos los conocimientos que la posición del Obispo le proporciona.

Venerables hermanos, tengamos fe en la Iglesia, amémosla cada día más, confiemos plenamente en el Señor, entreguémonos al servicio del Pueblo de Dios, a nosotros encomendado, con toda caridad, hagámonos "todo para todos, para ganarlos a todos para Cristo".

Busquemos en unión estrecha con nuestros sacerdotes, con todo nuestro pueblo fiel y con los hombres de buena voluntad, el camino de la verdad, de la justicia y del amor a fin de lograr una Iglesia más evangélica, más auténtica, más comprometida con este pueblo que sufre, que espera y que busca la paz, basada en la justicia, en la verdad y en la caridad.

Invoquemos de manera especial a Nuestra Madre, la Virgen María, para que así como una vez, hace ya dos mil años nos trajo a Jesús, nuestro Salvador, lo vuelva a hacer para toda la Iglesia, para el mundo y para todo el pueblo paraguayo en estas próximas Navidades.